# FL 14 08

LINGÜÍSTICA GENERAL, GUIÓN NÚMERO 9 LOS ESTUDIOS DE LINGÜÍSTICA EN GRECIA Y ROMA, PLANTEAMIENTOS GENERALES LOS ESTUDIOS DE LINGÜÍSTICA EN GRECIA Y ROMA, PLANTEAMIENTOS GENERALES DENTRO DE ESTE MISMO DIÁLOGO, SE LLEGA A UNA POSICIÓN CONCILIADORA RESPECTO A ESTE PROBLEMA DE LA NATURALEZA DEL LENGUAJE. UN POCO MÁS ADELANTE, ENCONTRAMOS EL SIGUIENTE DIÁLOGO ENTRE SÓCRATES Y CRATILO. Sócrates.

Por lo tanto, si al pronunciar la palabra esclerotes, dureza, tú la comprendes, ¿obtienes de mí una notificación de la cosa? Cratilo, sí. Sócrates. Y ciertamente por algo que no se parece nada a aquello en lo que estoy pensando al hablar, puesto que la L no guarda ninguna semejanza con aquello a lo que tú llamas esclerotes.

Si admitimos esto, hay que admitir que has llegado a una convención contigo mismo y que la propiedad de la palabra consiste para ti en una convención, puesto que la expresividad se realiza no sólo por las letras semejantes, sino también por las desemejantes, cuya validez hay que atribuir al uso y a la convención. Pero si se admite que el uso no es una convención, no sería correcto decir que la desemejanza daría a conocer el objeto, sino más bien el uso, porque evidentemente se sirve igualmente de la semejanza y de la desemejanza para designar. Pero como estamos de acuerdo, amigo Cratilo, sobre esta cuestión, pues yo interpreto tu silencio como asentimiento.

No queda ya otra cosa sino admitir que la convención y el uso contribuyen en cierta manera a la representación de aquello en que pensamos al hablar. Pero para agotar un poco más el amplio contenido de este diálogo platónico, que está dedicado netamente a la problemática del lenguaje, veamos un pasaje más adelante en el que encontramos ya pergeñado el problema de la independencia del pensamiento y de la expresión. Es decir, ¿hasta qué punto es posible una actividad de nuestra capacidad intelectual, por íntima que sea, sin que para ello sea preciso el empleo del lenguaje? O dicho más brevemente, ¿cómo es posible pensar sin palabras? Recordemos que este dilema se volverá a plantear con total virulencia en la edad moderna, cuando los estudios de lingüística se hagan más logicistas que el propio Aristóteles.

Pues bien, en un momento del Cratilo nos encontramos con el siguiente diálogo entre Sócrates y el propio Cratilo. Sócrates. ¿Cómo, pues, podrían aquellos establecer las palabras con conocimiento de causa o ser legisladores en materia relativa a la formación de las palabras antes de que existiera ningún nombre que les fuera conocido, si no es posible llegar al conocimiento de las cosas como no sea a través de las palabras? Cratilo.

Por esto yo soy del parecer, Sócrates, de que la explicación más verdadera es que ha existido un poder más grande que el del hombre, el cual dio a las cosas los primeros nombres, y que por esto ellos son necesariamente apropiados. Para una más ajustada valoración de la aportación de la Grecia Antigua a la historia de la lingüística, conviene que sicamos la pista a la

evolución del problema sobre la naturaleza y el nacimiento de la lengua en los pueblos. Hasta aquí hemos venido hablando de las diferentes posturas al respecto en los momentos iniciales de plantearse el problema.

Sofistas y Platón. Pero ahora pasemos a Aristóteles y a la época helenística y tardía, y veamos qué orientación adoptan las diferentes soluciones propugnadas. Tomemos primeramente el caso de Aristóteles.

Para una mejor comprensión de las posturas adoptadas por Aristóteles respecto a las diferentes áreas del lenguaje, debemos tener siempre presente que en ningún momento consideró la lengua desde los planteamientos de un gramático, sino más bien como objeto de estudio de la lógica. Y respecto al problema propuesto en este guión, Aristóteles adopta una posición netamente a favor de la consideración de la lengua como un hecho de convención. Ya en la unidad didáctica se da el siguiente texto, en la página 10 del tema 31.

En otro pasaje, y ahora refiriéndose al dilema de palabra y conocimiento, hecho que ya hemos planteado más arriba con su tratamiento en Platón, nos dice Aristóteles. Las impresiones psíquicas a las cuales se refieren originariamente estos signos son las mismas en todos. Y de igual modo las cosas de las que aquellas impresiones son imágenes son las mismas en todos.

Dentro ya de la época helenística, es importante la aportación del filósofo Epicuro en torno a este debate sobre el origen de la lengua. Para su justa valoración, es importante ponerla en relación con la postura platónica, ya aludida, de ese impreciso primer dador de nombres, así como también con los planteamientos aristotélicos arriba citados en torno a la unicidad de impresiones psíquicas y a su relación con el lenguaje. A través del testimonio de Diógenes Laercio, nos ha llegado el siguiente fragmento de Epicuro.

En su origen las palabras no se formaron por convención caprichosa, sino que la naturaleza de los hombres experimenta en cada pueblo un tipo especial de impresiones, y de conformidad con ellas, forma también determinadas representaciones y produce una manera especial de formación de palabras según las impresiones y representaciones respectivas, en lo cual desempeña también su papel la diversidad de lugares habitados. Pero después cada pueblo fijó las expresiones que le eran propias para hacer más unívocos sus contenidos comunicables y poder comunicarse entre sí en forma más concisa. Pero había también hombres cultos que aprehendieron conceptos inmateriales e introdujeron palabras que habían expresado con una especie de impulso natural o las habían formado tras madura reflexión sobre el contenido objetivo.

Vemos pues como paulatinamente se va obteniendo una concepción cada vez más realista del nacimiento de la lengua, así como también de su vitalidad y desarrollo. Ya estamos bastante lejos de esos entes ideales platónicos que habían afectado a todas las áreas de su pensamiento, y como no, también a este del mundo del lenguaje. Dentro de esta línea marcada por Epicuro, aunque con una visión más amplia y con alusión directa ya también al problema del momento del nacimiento de la lengua, podemos citar un pasaje de Diodoro Sículo, que vivió en el siglo I

antes de Cristo.

Dice así. Los primeros hombres debieron llevar un género de vida inculta y salvaje, errantes de aquí para allá por las praderas y comiendo las hierbas más apetitosas y frutos de los árboles selváticos. Y porque eran atacados por las fieras salvajes, su propio interés les habría enseñado a prestarse asistencia mutua, y agrupados por causa del miedo, poco a poco se habrían reconocido mutuamente como criaturas de la misma naturaleza.

Al principio sus voces serían indistintas y confusas, pero poco a poco habrían articulado sus expresiones comunicándose con la exteriorización lingüística de todos los objetos. Pero como en toda la Tierra surgieron comunidades humanas similares y cada una habría formado sus palabras en plan fijo, no todos podían tener la misma lengua. Esto explicaría las múltiples peculiaridades de cada lengua.

Para cerrar esta sucinta evolución de la problemática sobre el nacimiento del lenguaje, es conveniente pasar a Roma. No voy a entrar ahora en una valoración precisa de la aportación latina a la historia de la lingüística. En este, como en otros campos, la contribución de Roma al progreso espiritual de Occidente es, básicamente, servir de elemento transmisor de la cultura griega.

Entre otros muchos, puedo citar el testimonio de Muná, en su Historia de la lingüística, p. 99 y siguientes, donde se nos dice textualmente Si Roma debe tener su capítulo en la Historia de la lingüística, se debe mucho menos a su producción que a su transmisión. Más adelante añade Los romanos aprenden el griego, repiten y transcriben la enseñanza griega. No obstante, lógicamente, su función tendrá también en este terreno una utilidad decisiva y totalmente positiva.

A todo lo cual, habrá que añadir, además, la aportación personal que, en más de un caso, experimentaron las enseñanzas griegas al llegar a Roma. Un caso característico es Barrón, del cual, y entre otras, podemos citar la afirmación, sorprendente para su época, al decir Para conocer el origen de las palabras primitivas, necesitamos conocer la historia, porque este conocimiento no puede llegarnos más que por la tradición. Finalmente, querría concluir esta emisión con la mención de un filósofo latino de gran relieve, aunque tal vez más por su brillantez de exposición que por lo original de su pensamiento, tomado de las fuentes de Epicuro.

Me estoy refiriendo a Lucrecio. Oigamos un breve pasaje donde nos habla del origen del lenguaje. …de ademanes mudos y con el dedo están acostumbrados a indicar lo que ven.

De aquí que es insensato creer en un inventor que en otro tiempo dio nombre a las cosas y enseñó a los hombres las primeras palabras.